



## Usos y abusos de “la ideología” en el campo religioso

Por Nicolás Panotto\*

En los últimos meses las redes sociales se están inundando de imágenes, memes, artículos y videos que mencionan la palabra “ideología”. Eso no es nada novedoso: el término está ya instalado en nuestra jerga y vocabulario de tal manera que es aplicable a todo tipo de casos, y que es común que reaparezca en una coyuntura de sensibilidades socio-políticas. Pero cabe destacar dos usos centrales que vemos muy presentes hoy día: la llamada “ideología de género” y también varios abordajes que reclaman teorías conspirativas desde algo así como una “imposición ideológica”, que atribuyen a una emergencia de discursos neo-marxistas y coetáneos.

Esto nos invita a profundizar un poco sobre el uso (y abuso) de este término, que al ser presentado de manera tan laxa deja ver, en el fondo, el desconocimiento que existe sobre su definición, y por ello claras intencionalidades (¿ideológicas?) sobre su manejo. La pregunta principal es: ¿qué es, entonces, la *ideología*? Sin pretender ser fastidioso, vayamos un poco a la historia (ya que si tanto utilizamos la palabra, al menos invirtamos un par de minutos en saber de dónde viene). Según los especialistas, el término remite a 1798, del libro de Destutt de Tracy titulado *Elementos de la ideología*, que lo define como la “ciencia de las ideas”, más concretamente sobre las dinámicas

gnoseológicas en torno a las actividades materiales y concretas de los seres humanos, a saber, la política, el arte, la moral, el juicio, etc. Es decir, trata de las ideas que envuelven, legitiman, dan sentido y acompañan nuestras actividades cotidianas.

Pero sin duda, el término se popularizó con el trabajo de Karl Marx, quien a la existencia de estas ideas que dan cuenta de nuestras actividades, le suma el hecho de que muchos de esos conceptos en realidad tienen un uso particular: la naturalización de un contexto que responde a un conjunto de intereses particulares de un grupo (el que se ve beneficiado por la situación), antes que a una especie de configuración inevitable y universal de las cosas. Por eso Marx habla de que la ideología dominante de una época pertenece a la de la clase dominante del momento.

Pero esto no queda aquí. Pareciera, en muchos de los comentarios que vemos circular, que todo queda en Marx (y los marxismos, que muchas veces no son un fiel reflejo de su referente), y que hablar de ideología es un equivalente a remitir a dicho marco. Nada más falaz que ello. El abordaje marxista, más allá de los elementos que podríamos considerar pertinentes para la actualidad, ha sido cuestionado y ampliado con el paso del tiempo. Más particularmente, se han cuestionado o matizado diversos aspectos de su andamiaje, tales como la restricción de la lectura de clases (especialmente la relación entre ideología y clase dominante), en su "economicismo" metodológico al leer las relaciones sociales sólo a partir de los medios de producción, en su manera cerrada de ver la determinación de los grupos sociales, entre otros. Obviamente, sobre todos estos puntos existen relecturas muy variadas y posibles de Marx.

Pero vale indicar dos cosas. Primero, que hay innumerables autores y escuelas que han trabajado ese tema, tales como la Escuela de Frankfurt, Louis Althusser, Michael Foucault, Jacques Derrida, Pierre Bourdieu, Ernesto Laclau, Judith Butler, Terry Eagleton, Slavoj Žižek, Gianni Vattimo, y muchísimos referentes más que podríamos traer, desde las ciencias humanas y sociales, que son en realidad los referentes más trabajados en universidades y espacios políticos hoy día. Marx se remite como un punto inevitable en muchos círculos, pero no de manera exclusiva, tal como tendenciosamente afirman muchos hoy. Por ello, quienes indilgan el uso del término ideología remitiendo sólo al marxismo, pecan o de ignorancia o de malas intenciones, ya que ello dista de ser real. Tendrían que ser honestos/as (o tal vez estudiar más) y remitir a lo que realmente se enseña y afirma hoy en espacios educativos y políticos, dejando de apelar, al referir a dicho término, a ciertos fantasmas pasados que nada tienen que ver con el presente.

Siguiendo con esto, y volviendo a la pregunta que nos convoca, hablar de ideología, entonces, no es remitir únicamente a lucha de clases, imposición de ideas o totalitarismo. Menos aún a la existencia de una especie de "ola marxista" que impera en el fondo de todo pensamiento crítico, tal como sostienen muchos de los imaginarios contemporáneos (principalmente de corte religioso) que ven leninistas, marxistas, populistas y trotskistas hasta por debajo de las baldosas. Más bien, las reflexiones actuales sobre la ideología nos invitan a pensar que es imposible entendernos como seres humanos fuera de un marco ideológico, es decir, de un

*... las reflexiones actuales sobre la ideología nos invitan a pensar que es imposible entendernos como seres humanos fuera de un marco ideológico, es decir, de un conjunto de elementos que marcan nuestra manera de ver el mundo*

conjunto de elementos que marcan nuestra manera de ver el mundo. Esos elementos no son impuestos por una clase dominante sino que los vamos aprehendiendo desde nuestro entorno familiar, escolar, político, cultural y religioso, dentro de un proceso de instancias que nos enmarcan (como los medios de comunicación o los discursos que aprendemos en la familia y la iglesia) como también de opciones y decisiones personales (ya que el sujeto nunca deja de ser activo en estos procesos).

¿Por qué entonces hablar de “ideología” y no de opiniones, perspectivas o pensamientos? Porque nuestras representaciones personales y grupales siempre se inscriben en un marco mayor, donde hay otros tipos de posicionamientos, seamos o no conscientes de ello. En dicho encuentro, se dan inevitablemente luchas y conflictos, lo cual no implica algo negativo por sí mismo. En otros términos, lo ideológico destaca esa dimensión de *disputa de poder* que se gesta en cualquier espacio donde se encuentran diversas perspectivas, sea en la familia como en la escuela o la iglesia: no sólo hay perspectivas sueltas sino discusiones a partir de su encuentro, por ende, son ideologías.

*Es decir, se habla de ideología para condenar a quien piensa distinto, poniendo al otro en el lugar de lo “intencionado” o “subjetivo”, mientras se colocan en un lugar “neutral”, no-ideológico, desinteresado, es decir, objetivo y universal*

Aquí, entonces, dos conclusiones centrales. Primero, NADIE está exento de tener una ideología. *Todos y todas* las tenemos. Inclusive nuestras creencias religiosas están enmarcadas en intereses, cosmovisiones, historias personales, experiencias particulares, etc. Segundo, el hecho de que *todos y todas* tengamos ideologías, nos lleva a afirmar que la convivencia social implica aprender a lidiar con las tensiones inherentes al encuentro y diálogo a partir de esas diferencias que nos constituyen.

Es en este punto donde surge un gran problema y reduccionismo con todos los videos y discursos que vemos últimamente circular por las redes: la acusación al adversario de su determinismo ideológico, sin reconocer el propio. Es decir, se habla de ideología para condenar a quien piensa distinto, poniendo al otro en el lugar de lo “intencionado” o “subjetivo”, mientras los acusadores se colocan en un lugar “neutral”, no-ideológico, desinteresado, es decir, objetivo y universal.

Esto se ve muy claramente en el extendido uso del término “ideología de género”. Esta popularizada idea es falaz desde donde se lo mire, ya que la cuestión de género no comenzó a tratarse con los movimientos de reivindicación de la diversidad sexual o con el debate en torno a la despenalización o legalización del aborto. La **teoría** de género es una corriente que tiene una larga historia, que va desde la ciencia hasta la política. Básicamente ella plantea, en primer lugar, que la sexualidad es un elemento central en nuestra socialización (es decir, muchas de nuestras visiones y prácticas sociales están determinadas por la manera en que definimos la sexualidad), y en segundo lugar, que las formas de comprender la sexualidad cambian con el paso del tiempo. Por este último factor, se debe atender al hecho de que muchas de las comprensiones sexuales que naturalizamos como dadas (así como cuando remitimos a que existen imaginarios ligados a nuestra biología), son en realidad cosmovisiones particulares que tienen un punto de partida en la historia, y no necesariamente se ubican en nuestro ADN.

Permítanme usar un ejemplo bíblico. ¿Sabían que es muy probable que José y María hayan sido lo que hoy entendemos como adolescentes al momento de concebir a Jesús (la expectativa de vida por entonces no superaba los 35 años), y que su casamiento fue, como todos los de la época, un arreglo familiar? Inclusive hasta podríamos especular que José tenía por encima de los 18 (era mayor de edad a los ojos modernos) y María no llegaba a los 15. ¿Acaso no nos confrontaríamos con varios dilemas éticos al ver esto a través de los ojos actuales, donde no existe tal cosa como el casamiento por arreglo (al menos en sociedades occidentales) y donde la minoría de edad tampoco concibe tal unión? A esto nos referimos con una lectura desde la perspectiva de género: a ubicar los modos en que cambian las nociones sobre la sexualidad y las relaciones sociales por los propios cambios históricos. ¿Es tan difícil de entender que el abordaje de género tiene que ver con las mudanzas en la manera en que entendemos la familia, la sexualidad, los cuerpos, comparándola con la de nuestros padres, abuelos, etc.? Más aún, ¿por qué no somos honestos al afirmar que lo que hoy llamamos “familia nuclear”, “familia tradicional”, es también una construcción histórica que desde hace unos pocos siglos –más concretamente con la revolución industrial- se comenzó a enarbolar como “germen de la sociedad”?

De aquí, entonces, que hablar de tal cosa como “ideología de género” no es más que remitir a una falacia, motivada por una perversa finalidad condenatoria y acusatoria, y no explicativa. ¿Por qué? Primero, porque parte de una visión peyorativa del término, poniendo al contrincante del lado de “lo ideológico” como lo subjetivo, y ubicando lo propio del lado de “lo científico”, como si ello es hablar de carencia de particularidad. Segundo, porque remite a un tremendo desconocimiento de la teoría de género y de los propios discursos y abordajes, que, valga decir, son exactamente igual o más científicos –ya que existen cuantiosas obras filosóficas, antropológicas y sociológicas, que muchos detractores de “la ideología de género” ni mencionan, seguramente por impericia- de las teorías biologicistas a las que remiten.

Este es un llamado, entonces, a tener mucho cuidado en el uso de “la ideología”. Más aún, a ser honestos/as y dejar de adjudicar a huecas acusaciones conspirativas sobre quienes presentan una posición distinta a la propia, y reconocer que todos y todas partimos de una ideología, y por ser tal, remitimos a un marco particular, que puede ser cuestionado, ampliado, transformado, etc. Cada quien se enmarca inevitablemente en un determinismo. El desafío, entonces, no es ver quién gana a través del uso de la acusación mejor teatralizada (en este caso, indilgando “ideología” al otro), sino, tal como requiere un espacio democrático, aprender a sentarse frente a frente, para conocer realmente el lugar del que otro parte (algo que los anti-ideología-de-género carecen en profundidad ya que ni siquiera saben mencionar un solo/a referente del tema) y debatir con argumentos válidos, reconociendo que ninguna de las partes puede adjudicarse la verdad universal sobre una realidad que nos excede, ya que, al fin y al cabo, cada quien opta por su camino, más allá de los marcos sociales y hasta estatales. Pero esto no quita que debe existir un Estado que atienda a la diversidad de demandas existentes en la sociedad y construya políticas que responda a las diversas problemáticas que se gestan, más allá de las posiciones particulares de personas, creencias e instituciones.

La vinculación que hay entre la ideología, el marxismo y el género, como si fueran tres patas de una conspiración global trosko-leni-comunista, no es más que una gran mentira que apela a la ignorancia (inflada con grandes citas bibliográficas y revisionismos históricos sacados completamente de contexto) para no enfrentar un debate real, sin acusaciones, sin *fake news*, sin desinformación y con intercambio de perspectivas serias. Será por esa razón –es decir, la

legitimación de un espacio irrenunciable- que a grupos "pro vida" les gusta tanto utilizar el positivismo científico, desconociendo las ciencias sociales y filosóficas, que nos llevan precisamente a reconocer nuestro lugar de contingencia e inevitable marco socio-cultural. En el fondo, todo remite al temor y al desconocimiento del otro.

**\* Nicolás Panotto, teólogo, magister en antropología social y doctorando en ciencias sociales. Director de GEMRIP e Investigador Asociado del Instituto de Estudios Internacionales (INTE) de la Universidad Arturo Prat.**